

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 73 AÑO 2010

TEMA 10: OTROS TEMAS

TÍTULO: **MEMORIAS DE UN PRÍNCIPE QUE SE TRANSFORMÓ EN  
CISNE**

AUTOR: *Erika Brunner*

**(Publicado en “Wagneriana Acta” nº 2008)**

No conocí a mi madre, quien murió cuando nací. Fueron las blancas e infantiles manos de mi hermana Elsa las que me sostuvieron cuando aprendí a caminar. Esto, fue mi nodriza quien me lo contó, ya que no poseo verdaderos recuerdos antes de la edad de cuatro años. Fue Elsa quien protegió mi infancia. Cuando yo era muy pequeño, me deshacía en lágrimas desde el momento en que ella se ausentaba. Fue ella la que me enseñó, a la edad de siete años, lo que un paje debe saber: Como se come convenientemente en la mesa, como se lleva la cola del vestido de las damas. En efecto, mi padre me amaba tanto que él no había querido enviarme a una corte extranjera como era habitual, para realizar allí mi educación. Y Elsa me consolaba a escondidas si el mayordomo o el ama de llaves me habían castigado.

Cuando recibí mi primer caballo, íbamos felizmente a las verdes praderas, despreocupados como sólo los niños pueden serlo. Durante los cálidos días de verano me bañaba en las sombrías aguas del lago y Elsa, sentada en la hierba, se confeccionaba coronas con las flores del campo. En otoño, en los bosques teñidos de rojo resonaban las trompas de caza. Un joven conde, Federico de Telramund, quien era muy estimado por mi padre, sobrepasaba a todos los hombres; su flecha nunca fallaba su objetivo. Elsa tenía miedo de la caza y prefería encerrarse en el castillo ya que ella amaba los animales: esta era la razón de su rechazo a participar en ella y no su pusilanimidad. Cuando la nieve recubría los techos y las torres, Elsa se quedaba sentada cerca del fuego de la chimenea leyendo y escribiendo. Fue el capellán quien le enseñó a leer y ella a su vez me había enseñado a mí aunque yo había escuchado por Telramund que un duque de Brabante no necesitaba de la ciencia de los curas y que debía poner toda su atención en el manejo de las armas.

- ¿Qué escribes tu Elsa? Le preguntaba, y ella respondía:
- La historia del Santo Grial, como la encontré anotada en la biblioteca de un monasterio.

Ella sabía contar maravillosamente, como después de la muerte de José de Arimatea unos ángeles habían confiado el cáliz de la Santa Sangre y la copa de la Última Cena al rey Titurel y de cómo este conservaba la reliquia junto a sus caballeros en el castillo de Monsalvat, que él mismo había hecho construir; de cómo su hijo y sucesor Amfortas había caído en el pecado a causa de una muy bella mujer; de cómo tuvo que abandonar la Santa Lanza que había atravesado el costado del Salvador a manos de Klingsor, el enemigo de Cristo, y de cómo Parsifal, el exageradamente casto de noble descendencia, había vencido al pérfido y traído de nuevo la Santa Lanza con la cual pudo curar la herida del rey pescador del cual tomó su lugar.

- Esta fue la redención del redentor, concluía Elsa, y cada año la paloma del Espíritu Santo viene a conferirle al Grial su maravillosa fuerza.

Entonces tomaba su harpa y cantaba un cantico con su voz tan clara. Ella contaba la historia del Grial a sus mujeres, y yo a mis compañeros. Las mujeres de Elsa la contaban a sus maridos aunque en Brabante se conocía y se respetaba el prodigio del Grial.

Y los años pasaron. Cuando alcancé la edad de tomar el servicio de escudero, Elsa se había convertido en la más bella de las jóvenes que yo nunca hubiera visto y los caballeros le rendían homenaje a través de cantos o de hazañas. Sucedió entonces que mi padre y sus valientes guerreros tomaron las armas contra un rebelde de la raza de los frisonos. Este Radbod, un príncipe poderoso y cruel, era un enemigo que despreciaba la Cruz. Con los sacerdotes y todo el pueblo rogamos por la victoria de mi padre y el Señor escucho nuestras súplicas. Ya nunca más los altares de los ídolos arderían; de la tribu de Radbod nadie había sobrevivido al combate, salvo una de sus jóvenes. Yo estaba presente cuando ellos trajeron a la joven con las manos atadas en la espalda. A su lado, Elsa parecía casi una niña. Fue el conde de Telramund quien la empujó ante mi padre y yo. Ella rehusó inclinarse. Federico la tomó brutalmente por sus cabellos rojos y le tiró la cabeza hacia atrás. Ella

tenía una mirada extraña, yo digo extraña ya que aún no percibía en esta todo su salvajismo. Luego la forzó a ponerse de rodillas. Federico dijo entonces:

- Mi príncipe, ante ti yace Ortrud, la hija de Radbod que pide clemencia.

La joven estaba de cuclillas en el suelo y sus desordenados cabellos escondían su mirada. Mi padre hizo una señal a Elsa y dos doncellas ayudaron a poner de pie a Ortrud; se la llevaron, le dieron unas vestimentas y poco después vimos a la prisionera entre las compañeras de Elsa. Ella aún mantenía los ojos bajos y no contrariaba a nadie. Todos alababan la clemencia que tuvo mi padre hacia esta huérfana.

Pero yo fui la causa de que ella no permaneciera durante más tiempo con nosotros. Cuando ella se encontraba conmigo en el patio del castillo, se inclinaba hasta el suelo ante mí como todos los criados y sirvientes.

- Levántate, le dije un día, ¿Por qué te arrastras en el fango ante mí?

Ella respondió:

- Porque te convertirás en duque, la esperanza de Brabante, a lo cual yo repliqué:
- Esto no sucederá sino hasta dentro de mucho tiempo.
- Pero ya no eres un niño, dijo ella, pronto llevarás armas.

Y yo respondí:

- ¡Sí, soy escudero y me ejercito en el manejo de las armas!
- Entonces te convertirás en un héroe como Sigfrido, el Walsungo que mató al dragón y que atravesó el fuego para conquistar a la Valquiria, la hija de Wotan.
- ¿Quién es Wotan? Le pregunté, nunca oí hablar de él.
- Ven a lo alto de la muralla, dijo, allí te lo enseñaré.

Y allí, por donde no pasaba nadie y no podían molestarnos, ella me habló de Wotan y de Freya, del Walhalla, de las Valquirias, de los Dioses, de los Gigantes, de los Enanos y del Fresno del mundo.

Una noche, cuando me encontraba cerca de Elsa y de sus dos doncellas predilectas en la *Kemenate*, y que ella tomó las santas escrituras para contarnos como nuestro Señor sanaba a los paralíticos, le dije:

- Esta historia ya la conozco. Ellos siempre con sanados en estas viejas historias de Jesús. ¿Por qué nunca me hablas de Wotan, de

Balder y de los combates de Donner contra los gigantes? Estas leyendas de combates y de victorias cautivan más mi espíritu de adolescente masculino que las pacíficas acciones del Nazareno.

- Yo nunca oí hablar de eso dijo Elsa desconcertada y casi horrorizada. ¿De dónde sabes esto, Gottfried?
- Fue Ortrud. Y yo mismo me puse a contar todo lleno de entusiasmo.

Elsa meneaba la cabeza. Una de sus doncellas salió discretamente. Poco después regresó con el capellán.

- Perdonadme princesa, dijo a Elsa, esto no debe dar espera, es necesario que hable inmediatamente con el heredero del Brabante. Y os ruego que hagáis saber a vuestro padre, nuestro señor, lo que acabas de escuchar.

Yo lo seguí hasta la capilla en la cual se puso a cuestionarme muy severamente sobre cada una de las palabras de la señorita Ortrud. Y concluyó el interrogatorio diciéndome:

- ¿Tú encuentras placer en esos cuentos más bien que en los Santos Evangelios?
- Es algo nuevo y son historias para hombres. ¡El Salvador nunca está en el combate, sus historias son para las muchachas porque yo, el próximo año voy a hacer el servicio militar!
- ¡Oh pobre muchacho! Dijo el capellán con un profundo suspiro, necesitas que rueguen por ti.

Y desde entonces ya no se volvió a ver a Ortrud en el castillo. Cuando hablé de esto a Elsa, ella me respondió que su libertad perdida le había sido devuelta y que ella había regresado a su país. En la capilla, el sacerdote dio un largo sermón que decía que los dioses de Ortrud eran perversos demonios y de que un día mi más noble deber sería el de combatirlos. La señorita Ortrud, decía él, estaba condenada al infierno, ya que había rehusado el bautismo y había buscado envenenar mi alma.

Esto habría podido llenarme de compasión si no me hubiese acordado de la manera en que miraba a Elsa, con desprecio, aquel día de otoño en el que mi hermana rehusó de ir a la caza y en el que ella preguntó con una voz dulce pero irónica a una sirvienta:

- ¿Vuestra princesa teme caer del caballo o tiene miedo de los jabalíes y de los osos, para privarnos del placer de seguir a los hombres con el halcón en la mano?

Pero cuando los árboles hubieron perdido su follaje, yo olvidé a la frisona. Luego vino el invierno y la fiesta de navidad. En marzo, mi padre y su ejército partieron en campaña para expulsar a los salteadores vikingos que buscaban echar el ancla en las riveras de nuestro río y penetrar en las tierras, quemando, robando y asesinando. Nosotros debimos la victoria a Federico de Telramund, pero trajeron a mi padre sobre una camilla y murió el lunes de pascua.

Mi vida cambió entonces bruscamente. Cerca del féretro de nuestro padre, el pueblo me rindió homenaje como a su duque y aclamó también a mi tutor, el conde de Telramund, su salvador. La pérdida de mi padre me empujó a buscar consuelo al lado de Elsa, esta hermana que era todo lo que me quedaba, pero yo sólo la veía en la noche o durante la Santa Misa. El maestro de armas que Telramund me había impuesto, me sometió al ejercicio hasta el agotamiento y yo luchaba en las competiciones con los otros muchachos. Mi objetivo era de vencer para mostrarme ser digno de mi rango y para satisfacer a Federico, al que no solamente nosotros los jóvenes admirábamos, sino al que todos los caballeros honraban como a su héroe. El maestro de armas hablaba de manera despreciativa y descortés de aquellos hombres que pasan demasiado tiempo con las mujeres, “que se apoltronan”, decía él.

Durante Pentecostés, noté un cambio en mi hermana. En el lecho de muerte de mi padre, ella me había consolado afectuosamente con piadosa resignación, pero ahora era ella quien parecía necesitar de consuelo. Su rostro se había vuelto pálido, su mirada se quedaba fija en el empedrado de la capilla. Ella permaneció alejada del torneo que Federico ordenó para el día siguiente, lo que el duelo por su padre le autorizaba pero que visiblemente contrarió al conde. En la noche, mientras miraba la puesta del sol desde las almenas, ella me dijo:

- Vayamos mañana al bosque como antes, ha hecho calor como en el mes de agosto.
- Oh, sería un gran placer, le respondí, pero el maestro de armas no lo permitirá.

- Él no se opondrá a los deseos de su princesa, replicó ella con un tono que no le conocía. Y fue con ese mismo tono que ella dijo al día siguiente al austero maestro de armas:
- Ahora mi hermano termina sus ejercicios porque lo necesito.

Mudo, el sirviente de Telramund se inclinó sin objeción. Entonces comprendí que él la consideraba como la novia de su señor.

Pronto la sombría oscuridad del bosque nos envolvió. Elsa me enjugó el sudor del rostro y nos instalamos en la orilla del lago. Mirándome seriamente como si buscara acusarme de algo, ella dijo:

- Habla, hermano mío, ¿el padre al morir no te dijo algo acerca de mí?
- Solamente que yo debía protegerte y defenderte, le respondí.
- ¿Nada más?

Yo moví la cabeza. Ella respiró profundamente.

- Lo sabía. Dime, ¿Telramund permaneció solo, cerca del lecho de muerte? ¿Acaso te echaron aunque fuera por un corto instante?
- No, dije con certitud. Estuve con nuestro padre hasta que llegaste. Yo le tuve la mano hasta su último suspiro.
- ¿Y no dijo nada? ¿De que él hubiese acordado a Telramund el derecho a mi mano?
- No, dije sorprendido. El padre sólo le pidió que jurara protegernos. Él pronunció tu nombre: “Y que Elsa sea...” fueron sus últimas palabras.
- Es entonces eso, dijo ella dulcemente, es a causa de ello que Federico cree tener derecho a mi mano, un derecho que solamente él imaginó.
- ¿Él te quiere como esposa? Exclamé. ¿Después del tiempo de duelo será el de bodas? ¡Oh Elsa, muy querida hermana, no debes abandonarme para seguir lejos a un esposo!
- ¡No quiero convertirme en su esposa! Dijo ella.
- ¿Por qué no?

Ella movió la cabeza y se cubrió el rostro con sus manos. Mi corazón sufría. Yo tenía miedo por ella, un miedo que yo no entendía.

- Juguemos a las escondidas, como antes, exclamé, al ver sus manos apretadas contra sus ojos que me traían de nuevo mis recuerdos de infancia.
- ¡Búscame! ¡No trates de mirar!

Y me lancé a través de los zarzales, de la maleza, pero ningún escondite me convenía. Yo huía ante mi propio miedo, ante ese secreto que hay entre los hombres y las mujeres, ante ese abismo doloroso de incompreensión entre la hermana que yo amaba y el hombre que yo admiraba. Me lancé vestido del todo en el lago y nadé con todas mis fuerzas hasta la otra orilla, como si yo debiera encontrar allí el paraíso de mi infancia. Allí, cuando trepaba a la orilla y me sacudía como un perro mojado, vi la forma negra de una mujer en los matorrales.

- ¿Ya llegaste aquí?

No, no era Elsa sino Ortrud. Ortrud con su viejo vestido, como yo la había visto la primera vez, su vestido negro y los brazos desnudos, una guirnalda de hojas en los cabellos y, alrededor del cuello, como único adorno, una pequeña cadena de oro con extrañas figuras de serpientes entrelazadas.

- ¿Es difícil de encontrar a mi duque? Preguntó ella. Muy cerca se encuentra el último castillo que yo pudiera decir mío; al menos lo que queda de él. Un montón de ruinas que sirven de asilo a una pobre abandonada.

Sus palabras, su vestido de duelo gastado y remendado, suscitaron mi compasión. Ella también había perdido a su padre y no poseía a un Telramund para protegerla, ni siquiera a un hermano, nuestro ejército los había matado a todos.

- Siéntate cerca de mí, dijo ella. Comparte por un instante mi soledad. Necesito escuchar una voz humana y hablar a un oído humano.
- Pero Elsa va a buscarme.
- ¿Ella está pues aquí? ¿Un héroe principesco aún no se la ha llevado a su morada?
- El conde de Telramund pretende su mano, respondí tontamente.

Los verdes ojos de Ortrud lanzaron unos destellos.

- Descansa por un instante a los rayos del sol, dijo ella, estas todo empapado y sin aliento.

Y ella se tendió dulcemente en la hierba cerca de mí.

- Ya no eres un niño, sino un vencedor en los juegos guerreros, y pronto un héroe, mi duque. Las mujeres van a soñar contigo. Aquella que tú elijas te seguirá como la gigante Gerda siguió al dios Froh. Y con su voz sombría ella se puso dulcemente a cantar. Su mirada y su canto me embrujaban. – Y Freya da a su amado el collar maravilloso. Y diciendo esto, ella desató la joya de su cuello. Yo sabía muy bien que era un pecado prestar oído a sus cantos paganos, pero yo ya no podía moverme aunque hubiera querido huir. Sus blancos y desnudos brazos se pusieron sobre mi cabeza luego sentí el frío del oro sobre mi cuello. Yo quería decir algo pero no podía articular nada. Mi oído percibió una risa salvaje.
- ¡Regresa pues nadando duque!

De repente los árboles se pusieron a crecer hacia el cielo, el lago se acercaba, el rostro de Ortrud desapareció, mi rostro tocó sus rodillas. ¿Qué sucedió? ¿Me convertí acaso en un enano? ¿Y mis ropas? Un plumaje blanco. ¿Y mis brazos? Torpemente me deslicé hasta el lago y vi mi imagen, mi imagen transformada en el espejo del agua. El largo cuello con la cadena de Ortrud de la cual yo intentaba en vano deshacerme no teniendo ya manos, yo creía gritar, deseaba huir y bruscamente vi el lago y la cima de los árboles por debajo de mí: yo había volado hacia las nubes.

Después de un largo momento, mi vuelo declinó y me abatí, muerto de cansancio, sobre un estanque. Yo hundía mi cabeza y mi cuello bajo mis alas. Varias veces el sol se levantó y entonces una fuerza irresistible me obligó a huir. Yo debía absolutamente alejarme de esta funesta Ortrud que me había hechizado y era necesario que encontrara auxilio. También, pedía a Dios que guiara mi recorrido. Durante este periplo, yo sentía que un instinto maravilloso me guiaba; fue este mismo instinto el que me enseñó cómo alimentarme con tiernos retoños de cañas y de pequeños animales que yo encontraba al hundir mi largo cuello para buscar en el fondo del agua.

Una noche, yo me posé sobre un lago maravillosamente bello en medio de un majestuoso bosque. Yo me despertaba en el momento en que unos hombres se acercaban a la rivera con la luz de unas antorchas. La luna se reflejaba en la superficie del agua. Un canto dulce y solemne golpeó mis oídos y me di cuenta con alivio de que yo aún lograba entender el lenguaje de los humanos, incluso si yo ya no podía hacerme entender. Cinco personas habían llegado en caballos de los cuales su pelaje era tan blanco como mi plumaje. Un joven caballero, bello como un arcángel, con armadura plateada y túnica blanca, con un pequeño cuerno dorado en su costado, cabalgaba a su cabeza. Su capa, como las de los otros, llevaba el emblema plateado de una paloma. Dos nobles señores le seguían, de los cuales uno llevaba una brillante corona, así como una princesa coronada y con un velo y una joven cuya cabellera brillaba con el resplandor de las antorchas. Ella no se parecía a Elsa en el rostro pero su delicada pureza me recordaba a mi hermana y aquella no era menos bella que ella, lo que yo no podía decir de ninguna otra mujer. Todos estaban muy serios. Un amable cortejo de jóvenes y de muchachas los seguían cantando un salmo en latín. En la rivera, el joven caballero descendió del caballo y los pajes tenían su palafrén.

- Ve con la ayuda de Dios, hijo mío, dijo el rey. La querrela es grave. Nosotros no podemos rehusar al llamado de auxilio que ha sucedido al Grial.
- Que Dios te proteja, prosiguió la reina con una voz ahogada.

Entonces el rey me señala.

- Mirad, aquí, exclama él. Ya se encuentra el responsable de tu partida hijo mío. Cuando descubrí el cáliz de Salvación, no fue solamente tu nombre el que apareció en su superficie, la inscripción también me hizo saber que un ser humano, bajo la forma de un cisne, debía conducirte a su país. Y entendí que para que el encanto maléfico que le condujo hacia nosotros sea roto por el amor, él debe ponerse al servicio del Santo Grial.

El joven hombre se arrodilló frente a su padre que lo bendijo con el signo de la Cruz. ¡El Grial! Yo estaba en el bosque del Grial, en el lago del Rey pescador herido, quien ahora curado, cabalgaba cerca del rey. Según los relatos de Elsa,

este no podía ser más que Parsifal. Humildemente encorvé mi cuello ante él. Mientras que los pajes ayudaban a los príncipes y a las damas a bajar de las sillas, dos muchachos pusieron en el agua una barquilla de la que colgaba una cadena de oro. Ellos la juntaron a la cadena de Ortrud.

El caballero se inclinó y me acarició la cabeza luego se subió en la embarcación y me gritó:

- ¡Partid! ¡Hay que salvar a tu hermana!

¿Tirar de un hombre sobre un lago? ¿Cómo se puede hacer esto? Bajo mi forma humana yo no habría podido lograrlo. Sin embargo, desde que el caballero hizo sobre mí el signo de la cruz, fuerzas sobrenaturales me fueron dadas y yo no sentía más ni el peso del hombre ni el de la barca. La carga era ligera en mi cuello y yo me deslizaba fácilmente sobre las aguas. Cuando el canto del coro se perdió en la lejanía y que el extremo del lago fue alcanzado, me adentré en un riachuelo que pronto se amplió en río. Por ríos y mares, el viaje prosiguió sin que yo sintiera el menor cansancio. El sol enrojecido apareció al Este, y entonces reconocí la brillante espuma rosada de la corriente, que yo remontaba el curso de nuestro Escalda. El sol se encontraba ya en su medio día, las torres estaban a la vista y mi caballero me empujaba a toda prisa. Unas trompetas sonaban. Mi señor escuchaba en el silencio y yo reunía todas mis fuerzas. Nosotros alcanzamos la orilla. Vi al rey bajo el gran roble, rodeado de sus nobles y de sus vasallos. Cuando yo aún era un chico, ya había escuchado a Telramund hablar de la visita prevista de este rey y de la expedición contra los húngaros, pero esto se había escapado de mi cabeza de cisne. De todas las personas presentes, reconocí a Elsa. Ella llevaba el simple vestido blanco de la inocencia y del semiduelo y comprendí que era como acusada que ella se presentaba. Sus mujeres estaban de rodillas agradeciendo a Dios; los hombres se descubrían respetuosamente. Elsa se volvió y lanzó un grito, pero no era por causa mía, ella sólo veía a mi caballero que me agradecía por la pena del viaje y me hizo regresar:

- No regreses más que por nuestra felicidad, me dijo él a manera de despedida.

Estas palabras que no entendí me llenaron de tristeza y el terror se apoderó de mí cuando reconocí la mirada penetrante de Ortrud, ricamente adornada y

vestida con velos y hábitos como los llevan las damas cristianas. El caballero se acercó a Elsa y yo aparté la vista para volver a partir a reunirme con el Grial, sin demasiada pena por tener que abandonar tan rápido mi país, ya que sabía que Elsa estaba bajo la protección de mi caballero.

No sé en qué forma milagrosa sucedió mi viaje pero al ocultarse el sol alcancé el lago de Monsalvat, en donde encontré al príncipe Amfortas pescando según su costumbre. Cuando me acerqué a su barca, él me ofreció gentilmente un pescado.

- Ya de regreso mi querido y fiel, dijo él deslizado la mano sobre mi cuello. Id a la orilla a buscar descanso y alimento, retomó él mientras me mostraba el lugar en donde la hija del rey del Grial se hallaba con una canasta de panes blancos. Sus siervos me desamarraron de la barquilla y ella me alimentó con pedazos de pan, la cosa más deliciosa que yo nunca hubiera comido.
- No tengas miedo mi querido cisne, dijo ella parecida a un ángel, aquí estás preservado de todos los sortilegios de los malos encantamientos. Mi hermano va a salvar a tu hermana que, debido a ti, ha sido gravemente acusada. Una aparición me lo ha revelado: cuando te hiciste imposible de encontrar, tu tutor se fue muy pronto en tu búsqueda al bosque en el que habías desaparecido. Allí encontró a la arpía que acusó a tu hermana de tener un amante secreto y de haberte asesinado para poder reinar en tu lugar. Él sucumbió ante su mentira y su seducción. La campana del Grial llamó a mi hermano para ir a defender la inocencia del juicio de Dios. Luego ella continuó mientras me acariciaba dulcemente el plumaje:
- Es verdad que tu corazón no estaba del todo puro, y que tú prestaste oído a la enemiga de la Cruz, que te dejaste engañar y que ofreciste una parte de tu alma a los antiguos dioses. Así le diste el poder de privarte de tu naturaleza humana. Pero ella no pudo más que darte la forma bella, pura y noble de un cisne. Tú expiarás ahora tu falta al servicio Grial durante un año. Luego, como mi real padre pudo leerlo en la Santa Copa, tu regresarás a Brabante. Cuando el hijo de mi hermano y de tu hermana sea bautizado en la catedral, ese será el

final de tu pena y de tu vergüenza. Tú podrás llevar al niño a la fuente bautismal y darle tu nombre. Ya que todo maleficio se retira de aquel que ha podido servir al Grial durante un año. Ya mi hermano ha hecho caer por el suelo la acusación hacia tu hermana. De ella, él exigió el sagrado juramento del silencio, y mañana estarán ante el altar para recibir el sacramento que los unirá por la eternidad. Veo sorpresa en tus ojos, querido animal. Tu inteligencia humana en tu cuerpo de cisne debe preguntarse de que juramento estoy hablando. ¡Pues bien, escucha! Cuando los hijos del Grial penetran en el mundo de los humanos, ellos no tienen el derecho de dar a conocer su origen, ni de dar lugar a la curiosidad o a la falsa veneración. Y si el secreto no es guardado, ellos deben regresar inmediatamente al santuario.

- Es así, dijo el Señor Amfortas que había regresado a tierra firme, y si sucediera que hijos de la Luz e hijos del mundo se uniesen por amor, el humano debe jurar nunca preguntar ni el origen ni el nombre del santo caballero o de la santa señorita. Esta ley del Grial existe desde que el joven Parsifal se abstuvo de hacer la pregunta que habría prestado socorro al profanado Grial y a mí, su indigno servidor.

Por un instante este asunto de pregunta prohibida me inquietó. Yo pensaba en la tendencia a la curiosidad de mi amada hermana. Pero las campanas del Grial se hicieron escuchar con solemnidad; el príncipe, la señorita y su séquito se pusieron en marcha. La oscuridad cayó, el cansancio me venció y dormí hasta la mañana siguiente.

Al despertarme solitario, comencé a ser consciente de lo extraño de mi situación. Las campanas se pusieron a sonar y con torpeza, a la manera de un cisne, caminé hasta un claro desde el cual podía contemplar el burgo sagrado. ¡Como me hubiera gustado poder entrar ahí! Cuán incomprensible me parece que yo haya podido prestar atención a las historias de la dama Ortrud. Me puse a orar al pensar en el matrimonio de mi hermana, en mi rey, en mi pueblo, en la victoria de nuestro ejército, pero por sobre todo, yo hubiera querido poder orar ante el Grial, tan cerca y al mismo tiempo inaccesible para mí.

El día pasó tristemente, yo intenté alimentarme a la manera de los cisnes y lo logré. Pero la penitencia de tener que permanecer como cisne durante un año me parecía muy dura de soportar. ¿Podía yo ser útil para alguna cosa en este lago, o quizás debía refugiarme como un ermitaño en la soledad de este bosque?

Al pasar por allí, las nobles damas tuvieron piedad de mí. Ellas sabían que en mi cuerpo de cisne batía un corazón humano y se pusieron a hablarme gentilmente. Entendí la aflicción de la reina cuando me dijo:

- ¿Tú suspiras por tu país? Yo también suspiro por mi hijo. Nunca estuvo por tanto tiempo alejado de mí. Va a pasar un año, pobre cisne, antes de que el Eterno te devuelva a tu forma humana y que tú puedas regresar a tu país. Pero tú aún eres demasiado joven para poder gobernar y mi hijo deberá hacerlo en tu lugar hasta que portes las armas.

Su hija preguntó:

- ¿Lohengrin regresará con su mujer y su hijo?

La reina le respondió con un profundo suspiro:

- El Santo Grial nos lo hará saber cuando la hora haya llegado. Pero varios años pueden pasar antes de que tu hermano sea liberado de su carga en Brabante.

Las campanas tañeron y las damas regresaron al castillo. Hasta la puesta del sol, yo nadaba tranquilamente en el lago. Cuando el resplandor rojizo se apagó y apareció la luna, vi llegar al señor Amfortas acompañado de dos caballeros hasta el rincón de las cañas en donde yo estaba y mientras que él empujaba la barquilla le escuché decirme tristemente:

- Vas a tener que hacer de nuevo tu viaje, pobre cisne. Tu hermana ya rompió su juramento sagrado. El hijo de nuestro rey debe abandonar el mundo y regresar a donde nosotros.

Ellos me ataron al esquife, lo empujaron en las aguas y me puse en ruta mientras pensaba: La reina del Grial podrá de nuevo abrazar a su hijo, pero Elsa permanecerá sola y culpable, mi pobre pueblo estará sin protector y yo, prisionero del maleficio, yo quedaré reducido a mi condición animal y muda.

Llegué cerca de la orilla del Escalda muy en la mañana. A duras penas reconocí a mi hermana, a esta mujer pálida y consumida por la tristeza, su cabellera disimulada bajo un velo. Su mirada fría de espanto se fijó sobre mí pero ella no podía reconocerme, yo no era más que el mensajero de su desgracia. Lohengrin se me acercó y me dirigió unas palabras de una desgarradora melancolía. Luego anunció para su gran sorpresa, a Elsa, al rey, y a los nobles allí reunidos que yo aún estaba vivo. Y entregó a Elsa el cuerno, la espada y el anillo que ella debería entregarme. Entonces pude presentir que no pasaría toda mi vida en el cuerpo de un animal y que las palabras de la reina del Grial eran ciertas. Luego, él tomó a Elsa en sus brazos. Ella lo abrazó como si nunca más quisiera dejarlo y se derrumbó ante él. En el momento en que él la confiaba a sus sirvientes, Ortrud se precipitó. La reconocí de inmediato ya que llevaba el mismo vestido negro y desgarrado que cuando la encontré en el bosque; sus cabellos desarreglados, su corona de hojas eran el signo de que ella acababa justamente de cumplir una ceremonia a los ídolos prohibidos y de que ella había entonces rechazado cualquier pretexto falso de cristiandad y de cortesía. Con una voz penetrante ella incitó a mi caballero a regresar a su hogar, insultó a Elsa y confesó triunfalmente su fechoría para conmigo:

- ¡Aprended de cómo se vengan los dioses de los cuales habéis denigrado sus los favores!

Entonces, mi héroe se arrodilló para orar y el milagro se produjo. La paloma descendió, Lohengrin desató mi cadena y de repente ya no pude sostenerme en la superficie y me hundí en el agua. Me encontré muy pronto en sus brazos. Al lado vi los blancos despojos de los cuales acababa de liberarme; los hombres ya no me parecían tan gigantescos cuando mi caballero me trajo a tierra y en un centelleo, entendí lo que me había pasado. Escuché vagamente el terrible grito de Ortrud, yo me dirigí hacia el rey mientras que los hombres se inclinaban a mi paso. Yo ya no sabía si soñaba aún o más bien que todo lo que había sucedido con anterioridad no había sido más que un sueño.

Entonces, fue un breve instante de felicidad en los brazos de Elsa y luego su grito cuando el caballero desapareció y su desmoronamiento. Yo estaba estupefacto. Yo creía que ella no estaba más que desmayada hasta que los

lamentos de las mujeres me hicieron entender que al mismo tiempo que yo encontraba a mi hermana, la había perdido para siempre.

La tristeza era general, mi espíritu terriblemente afectado intentaba restablecerse. Yo me sentía desfallecer. El rey me levantó con bondad y me condujo hasta el castillo seguido por el triste cortejo que acompañaba el cadáver de mi hermana.

Poco a poco, el rey me contó lo que había sucedido desde mi desaparición: El matrimonio de Telramund que, engañado por Ortrud quien pretendía haber sido bautizada, la tomó por esposa en la catedral; luego la acusación que él produjo en contra de Elsa, convirtiéndola en sospechosa de haberme matado para pretender la herencia de Brabante; su duelo bajo el juicio de Dios con el caballero del Grial en el cual fue vencido y desterrado. Él me explicó como su mujer perturbó el cortejo nupcial y como, entre los dos, pudieron quebrantar la fe de Elsa en su salvador; de cómo Telramund atacó durante la noche a Lohengrin y fue muerto por él y finalmente como Lohengrin develó su origen y se separó de su mujer.

Ortrud, que se había desplomado al verme aparecer no estaba muerta. El Grial hizo otro milagro que la transformó completamente. Por supuesto, ella había sido desterrada del Ducado pero se le vio en la catedral lanzarse a los pies del sacerdote en un mar de lágrimas para pedir la absolución y el sacramento del bautismo. Para ella también, el Redentor sufría antiguamente en la cruz.

Le rogué al rey de permanecer algunos días con nosotros y de retardar su expedición contra los húngaros. Mañana será la ceremonia fúnebre en el transcurso de la cual Elsa será depositada en la capilla mortuoria de nuestra familia. Antes de que su féretro sea cerrado, yo pondré mi mano sobre su pecho, mi mano que llevará el anillo que le entregó para mí el caballero al cisne, y yo le diré:

- Oh, mi querida hermana, tan buena, tan pura, tú que ahora contemplas en los cielos al Redentor en su gloria, obtén de él que yo sea digno y capaz de asegurar la felicidad de mi pueblo.

El rey me confió también la espada y el cuerno que Lohengrin me legó. Estos objetos simbólicos, con los cuales nunca olvidaré mi extraordinaria aventura, van a darme la fuerza para cumplir mi tarea. Con ellos sé que no soñé, que el

Grial existe verdaderamente y que él nos protegerá a mí y a mi país. Creo que durante el tiempo en que mi cuerpo se había metamorfoseado mi espíritu también cambió, como si varios años hubieran pasado. El rey puede partir tranquilo, yo sabré ser el guía de Brabante, en la paz y en el honor.

El Grial y su caballero nos protegen.

**Traducción del francés al español:**

**Jorge Mauricio MOLINA**